

premioderelatoscortos
LOSMONEGROS2006



VIII Certamen
de Relato
Corto (2006)

1.^{er} Premio

Zopilotes del desierto

Gregorio León Armero

A todas las muertas de Ciudad Juárez.

Un viento caliente, como el vaho de un perro sarnoso, arrastra al desierto las oraciones de mamá Lupita. Virgen de Guadalupe, pórtese bien, regrésemme a mi hijita... Las repite como una letanía, un sonsonete que la acompaña desde las cuatro de la mañana, porque a esa hora ya no puede estar ni un minuto más en su cama, y se levanta, con la esperanza de encontrar encerrada en su habitación a Magali, pero Magali lleva mucho tiempo sin darle las buenas noches, mamacita, sin preguntarle ¿cómo fue el día?, y mamá Lupita no tiene más remedio que desafiar al frío de la madrugada, al aullido de los coyotes que parecen retarla en la lejanía, y no duda en humillarse ante la tierra hecha polvo, escarbar con un palito de madera que le sirve para rastrillar minuciosamente, moviendo los dedos nerviosamente, la respiración acelerada, en una tarea que apenas le concede un respiro para mirar desafiante el desierto que la rodea, con la certeza de que al final le derrotará, que, aunque intente engañarla, acabará por devolverle a Magali, que, hace demasiadas noches que no se queja porque de nuevo los frijoles se le quemaron y saben a ceniza, Magali que baila y baila, agarrando férreamente a un chavo que le tiene la cabeza como una tilichera, el chavo que ahora le tantea la espalda, no se le vaya a escapar, qué bien huele, tengo el coco rayado por él, la melena del pelo un poco montuna, que recorre con dedos ávidos, él le descubre su mirada arrobada, su boca entreabierta y esa es la señal de autorización que esperaba, la que le permitirá continuar hacia abajo, no se conforma con la espalda, progresa hacia abajo, Magali siente los dedos rugosos caminarle como una tropa de hormigas que saben dónde encontrar la miel, con la inatacable certidumbre que su lengua, que no dudará en abreviar en la boca, sin importarle los arañazos de su barba ni su

aliento un poco estropeado por el vinagre de la cerveza, Magali embriagada por la música, que viaja transportada por el viento, yo te tendré en mis brazos, la música que tararea cuando empieza la novela de las cuatro de la tarde, siempre que puede verla, depende del turno en la maquila, y sí, le jode perderse un capítulo, pero se siente indemnizada al día siguiente, porque vuelve a ver a Gustavo Alfonso, de belleza imprescriptible, diciéndole a Marita frases lindas que cree dirigidas a ella, exclusivamente, y reconoce sus inflexiones de voz, sus gestos atribulados o de rabia, y hasta sabe cómo huele, exactamente igual que el chavo que ahora le aprieta las nalguitas, con decisión, y Magali se siente indeciblemente dichosa, como si toda la vida lo hubiera estado esperando, como si por fin hubiera llegado el capítulo que tanto esperaba, y no se lo iban a contar, lo iba a vivir, lo estaba viviendo, y piensa en sábanas de satén que acaban hechas un gurruño, en sábanas que olían a detergente pero que ahora huelen a macho, y te tendré en mis brazos, dice la canción que ella tararea para que el tiempo en la maquila sea más rápido, la pieza A se ensambla en la pieza B que se ensambla en la pieza C que se ensambla en la pieza D...

A mamá Lupita la echaron a patadas de la comisaría. Se habrá ido con el novio, no se preocupe, le dijo, con gesto de hastío, un tipo chaparrito, de bigote frondoso, pero ella no lo creyó, y por eso se presentó allí al día siguiente, con unas bolsas que le habían nacido bajo los ojos. El tipo se dio cuenta, pero no le hizo ningún comentario, ni siquiera cuando ella rompió en un llanto que se coló por todos los corredores de la estación de policía, tranquilícese, ya volverá, y esta vez fue mucho más breve, no la trató con gestos educados, ella se dio cuenta de cómo le presionaba fuertemente la muñeca izquierda, sacándola de su despacho. Botándola. Es una pobre loca, dijo el comisario a un compañero, explicando la situación, como si hablara del perro que ayer murió atropellado en su misma cuadra, pobrecito. Al día siguiente ya no le recibió el comisario, que discutía acaloradamente de fútbol

con alguien, a punto de fajarse con él, y la sacaron de la estación a empujones, y no se cuidaron esta vez de decirle, loca, usted es una pobre loca, y cuando llegó a casa lo primero que hizo tras vomitar una papilla blanquecina hecha de ayunos ya antiguos, fue mirarse al espejo, buscando en sus facciones algún indicio que permitiera darle la razón al policía. Está loca, completamente loquita, su voz bronca se ha enganchado en los tímpanos. Sí, estaba loca. Loca porque hace unos minutos ha entrevistado la figura de Magali poniéndose un vestido, demasiado escotado, juzgó, le aprieta demasiado el fondillo, y ahora solo ve su habitación ocupada por un silencio invencible.

Bailas y bailas... Un vestido rojo, rojísimo, tanto como tus labios, que se ofrecen esta noche como nunca antes lo han hecho, igual de deseables que los de Marita, que apenas tiene lana para comprarse una falda que atrape la mirada de Gustavo, no como la arpía de Nina, desperezando su cuerpo maduro en un chaise-longue tapizado de terciopelo, comprobando el brillo satinado de sus uñas, aguardando el minuto siguiente para que aparezca Gustavo a mirarla con un deseo que debe ser más poderoso que el que siente por Marita, esa pobre infeliz que vive en la colonia de Lomas de Poleo. Gustavo, su piel atezada, igual que el chavo, no tiene más remedio que pasarse muchas horas al sol, laborando para conseguir algo de lana, Gustavo, enfrentando a la disyuntiva de elegir entre dos amores, Marita y Nina, y Magali sabe que al final será Marita la elegida, aunque sea en el último capítulo, como ha sido ella, él le aprieta el fondillo con una fuerza nueva, ella sabe que triunfaron sus encantos, se deja embriagar por los efluvios de hombre que ahora la colman, y le tararea al oído, bien pegadita tu boca a su oreja, el estribillo de la canción que te hace abstraerte del mundo, al carajo las piezas de ensamblaje, al carajo el reloj asaltándote con sus timbrazos a las cinco de la mañana, toda la atención concentrada en Gustavo, debatiéndose entre dos mujeres, mirando las uñas de por-

celana de Nina mientras piensa en el aroma animal y primitivo de Marita, y la respiración se te detiene, los ojos prendidos de la televisión, porque Gustavo ha dado un paso al frente y ahora sus pupilas enfocan la figura de Nina, que se ha pintado los labios, esos labios que siempre están llenos de rouge, y por un momento crees que se dispone a quitárselo, a borrarlo con los suyos, pero no, solo se le acerca al oído y le dice algo, vámonos de aquí, mamita, ¿vamos?, eso has oído, el chavito te ha hablado, te lo dice dos veces, para que entiendas, pero no hacía falta que lo repitiera, porque tú comprendiste a la primera, pero todavía dejas pasar unos segundos, sin atreverte a mirarlo, porque si descubre la felicidad expectante que se te ha enganchado a las facciones, estás perdida, completamente perdida, estás enculadísima con él, soy medio boba, a fin de cuentas dicen que los ochomesinos tenemos el cerebro chiquito, y no puede darse cuenta porque te cogería ahí mismito, aunque tuviera que madrearse con el mismo diablo, y por eso debes pegar tus mejillas a su barba, dejando que acabe la canción, lentamente, y quisieras esconder tu corazón para que él no se dé cuenta de que se ha puesto a cabalgar, quisieras meterlo en una gaveta y cerrarlo bajo llave, pero no, en ese momento lo sientes en medio de la pista de baile, observado por todos, él se ha dado cuenta, ni siquiera ha esperado tu respuesta, y te ha jalado con fuerza para rescatarte de allí, Nina compone ante la cámara un gesto de fastidio, de orgullo injuriado, porque Gustavo se ha dado media vuelta y cruza ya con pasos rápidos la puerta de entrada de la fastuosa casa de varias alturas y brillante entarimado, en el jardín creciendo pirules, sauces, membrillos, tejocotes, y sientes una satisfacción íntima, quieres que ahora busque a Marita en la colonia de Lomas de Poleo, rodeada de perros famélicos, en una casa que es poco más que un bohío con techumbre de paja, pero debes esperar, porque de nuevo irrumpe el estribillo de la canción, y estaré en tus brazos..., que abre y cierra el capítulo, y hasta mañana no sabrás si ella se ganará el beso que le ha negado a la pelandruja de Nina.

Él maneja rico, se le ve lindo al volante, con una solemnidad que contrasta con las notas festivas que escupe el radio, y te extraña que ahora se haya puesto tan serio, y le pasas el dorso de la mano por la cara, sientes un tacto de lija que te hace cosquillas, y le pides que apriete el acelerador, porque el tiempo corre, se te escapa, no como en la maquila, la pieza A se ensambla con la pieza B, que se ensambla con la pieza C, que se ensambla con... y así siempre, diez horas en la cadena de montaje a cambio de cinco dólares. A través de los vidrios polarizados del Suburban ves la parada del ómnibus, donde agarras la ruta que te deja en la maquila antes de que el día haya clareado, y sabes que en unas horas deberás estar ahí, aguardándola, pero con una felicidad nueva, porque tú sabes dónde te lleva él, sabes por qué maneja tan rápido, por qué ha frenado de manera tan brusca, por qué te muerde ahora los labios, le arde el pantaloncito, y sientes un latido en el centro de tu cuerpo, un latido demasiado poderoso como para ignorarlo, y te importa un carajo lo que pase, en la maquiladora despidieron a Esperancita porque no les trajo la compresa manchada de rojo, era imposible que manchara, estaba preñada, la preñaron, y por eso la botaron del trabajo, pero tú no puedes pensar en eso, no, solo en cómo hacer para que el volante no te moleste en tus movimientos, y es extraño que él rechace tu iniciativa, te dé un empujón devolviéndote a tu asiento, apaga el radio, y solo en ese momento te das cuenta de que lo único que se oye en ese paraje son los quejidos lejanos de los coyotes, demasiado lejanos, pero estás tan desconcertada que no puedes asociar ese silencio con un calor nuevo y violento que ha estallado en tu mandíbula, miras sus ojos, que siguen siendo dulces y no encuentras relación entre el color pacífico de esos ojos y el dolor que te invade, pero no apartas tus ojos de los suyos, fascinada todavía por el brillo de las pupilas, pero también por la fuerza con que sus manos nervudas te golpean, como si actuaran autónomamente, en discordancia con ese rostro de facciones suaves, los dedos crispados, y eres incapaz de entender nada, ni siquiera

porque los puñetazos que te sigue dando no dejan un dolor físico, sino un dolor más hondo, te hurga el ajustador, te lo arranca de un jalón, igualito que has soñado cómo lo haría Gustavo a Marita, entrecierras los ojos para acoger su saliva, pero sobre tus pezones no se abalanzan unos labios, sino un cuchillo ávido, y ahora sí, te sientes estafada, como si Gustavo finalmente hubiera elegido a la descará de Nani, se marcha de la colonia de Lomos de Poleo dejando a Marita entregada a un baño de lágrimas, que tú quieres imitar, pero no puedes, todos tus esfuerzos concentrados en soltar una lágrima, pero eres incapaz, las fuerzas se te fugan, quieres ofrendarle una lágrima antes de que la mirada se te vuelva turbia y el color negro invada la pantalla anunciando que la novela ha acabado. Definitivamente. Que ya no hay más capítulos.

Son zopilotes. Mamá Lupita los mira. Se para. Los desafía con la mirada, empuñando el palito con el que rebusca en la tierra, centímetro a centímetro, sin importarle que sus rodillas hayan empezado a sangrar, costras antiguas reventando para intentar disuadirla, pero mamá Lupita es muy terca, por eso nunca se rindió, nunca creyó a los médicos que le habían pronosticado que jamás podría concebir, pero a los cuatro años, cuando la esperanza y el deseo se le habían apagado, notó una falta, el periodo no le vino, a ella también la hubieran botado de la maquila, pero los gringos todavía no las habían instalado aún, así que ella buscaba la lana chambeando de todas las maneras posibles, Magali le crecía en los adentros, con la misma terca obstinación con que ella la busca ahorita en el desierto, con el ulular del viento haciendo compañía a su esperanza. Dicen que ni el diablo se atreve a adentrarse en ese desierto, pero mamá Lupita prefiere estar allí, es mejor el desierto que los corredores angostos de la estación de policía, todos aquellos hombres de gruesos bigotes mirándola con desdén, tranquilícese, se habrá ido con el novio, ya volverá, le decían los pendejos, de buena gana los hubiera mandado a chingar a su madre, no mamen más, pendejos, ignorantes de todo,

incluso de que su hijita jamás ha tenido novio ni nada que se le parezca, ignorante también ella de que Magali tiene pegue con los hombres, y se lo grita, pero ellos solo le responden sacándola a empujones de allí.

El palito se desliza suavemente en la tierra, no encuentra ningún obstáculo, se cuele en la arena como si atravesara mantequilla, pero ella no pierde la esperanza. También los médicos le anunciaron que jamás podría tener un bebé, y mira, se equivocaron, Magali nació lindísima, mamá Lupita rebusca en el desierto, atizada por la misma certidumbre invulnerable con que supo un día que algo le crecía en los adentros, Magali nació como una burla a esos médicos bobos, Magali vive, como una burla a los policías menso, mamá Lupita lo sabe, y por eso apenas se permite un respiro un respiro, para restañarse las gotas de sudor que se le mezclan con la arena para formarle una película viscosa que le invade todo el rostro, sin que eso ni nada la pudiera derrotar, Lupita mueve el palito con desesperación, plenamente consciente de que los huesos que le entregaron, gesto grave, palabras quedas, mirada compasiva, no eran los de su hija, de que los zopilotes solo la esperan a ella, que está ya muy viejita y tiene los ojos rodeados de bolsas, y sigue pensando eso, a pesar de que el palito se ha atascado, se ha entrampado, detenido en algo sólido, mamá Lupita escarbando con la obstinación de un topo, arrancándole al desierto a regañadientes algo demasiado parecido a una calavera, no muy grande, a fin de cuentas dicen que los ochomesinos tienen el cerebro chiquito, y mamá Lupita hace callar a los coyotes con una oración transformada en grito, Virgen de Guadalupe, regrésememe a mi hija, pórtese bien, regrésememe a mi hija...

2.º Premio

Un sabor que no se va

Elena del Hoyo Lavado

Lidia traga saliva y la garganta se le pone al rojo. No se acostumbra al dolor, aunque sea tan frecuente.

–Estrecha –fue lo que la llamó Micky. Se lo susurró sujetándola contra la puerta del baño, pero Lidia está segura de que su madre no puede saberlo. ¿O sí? Lidia la mira, pero la expresión de su madre no le da ninguna pista sobre cuáles son sus pensamientos. Es abril. La tarde ya ha salido de su guarida de siesta y avanza ganando un poco más de luz al día que ayer. En la calle hay plantados cerezos y sus hojas parecen de terciopelo. La temperatura es agradable, el tráfico no muy ruidoso. Emma intenta asir a su hija, pero no sabe cómo. Lidia es demasiado mayor para darle la mano, Emma es consciente, y le parece pequeña para llevarla del brazo, como dos señoras. Además, seguro que le rechaza el brazo. Y la mano. No lo hará de entrada, ya lo sabe, se dejará agarrar sin protestas. Pero estará envarada y rígida y se soltará en cuanto ella se descuide. Emma observa a su hija mentirosa (eso dicen en el colegio, Emma no ha notado nada) y se siente culpable porque los pensamientos que ella considera que debería tener al contemplar a su hija (blandos, suaves, calientes y con un punto orgulloso algo ácido y estimulante, como a limón) no aparecen. En su lugar otros en los que no quiere detenerse, sabores que no desea. Hace mucho que intenta dominarlos, pero no puede.

–Mira mamá, una mariposa –dice Lidia con la voz tenue y rota, señalando a la pequeña mariposa naranja que sale de entre dos coches y cruza por delante de las dos mujeres. Emma mira hacia donde apunta su hija sin entender muy bien. Ambas la ven meterse por la reja de una casona gris convertida en colegio. Emma compara la mariposa con su hija y llega a la conclusión de que es grotesco (lo piensa así mismo y le asusta el sonido de la

palabra, pero no encuentra otra) que su hija se fije en mariposas: definitivamente no le van el vuelo gracioso ni el brillo en las alas. Pero eso no tiene que ver con engañar. A Emma le extraña que mienta, porque Lidia siempre ha sido tan obediente, tan responsable, tan... Y al pensar esto, vuelve a reprenderse mentalmente. Y tampoco es para tanto, si su padre trabaja casi como abogado, ¿es mentira decir que lo es? La tutora del instituto debe ser una histérica.

–En cuanto acabemos, te vas a inglés –dice Emma.

–No llego –contesta Lidia con el hilo de voz que le queda. Hubiera debido quedarse callada y no hacerse más daño en la garganta, pero no le apetece ir a la academia.

–Sí llegas. Acabamos a las siete en punto y te vas corriendo al autobús. A las siete y media estás en la academia.

En la voz de Emma, hay una resonancia de metal y una nota de desinterés o a lo mejor de aburrimiento.

Lidia piensa un taco y valora si su madre está de mal humor por tener que acompañarla al otorrino, porque sí, o por la reunión con la tutora. Porque sí y por el médico le parecen las mejores, porque de la tutora no le ha dicho nada. Lleva todo el día pensando en cómo esquivar las preguntas sobre la profesión de su padre, sobre la inexistente finca del abuelo y la que más vergüenza le da, sobre Micky, el dueño de Jam Session. Pero de eso no pueden saber nada, nadie lo vio. ¿Habrán hablado con sus amigas? ¿A cuánta gente habrán preguntado? ¿Qué le habrá dicho la tutora? Sabe que el único día que habló con él, la empujó contra la puerta del baño apretando su paquete con fuerza contra ella, echándole el aliento en la cara y se zafó de él casi de milagro. No, eso no es salir, ni haber salido, ni haberse enrollado. “Pero casi”, piensa una animosa Lidia. No está mal. La mayoría de las chicas de su clase no pueden decir ni la mitad de eso.

–Estrecha.

–Le conozco, estuvimos a punto de enrollarnos pero no quiso yo –contó Lidia.

Lidia traga saliva y la garganta vuelve a dolerle.

Y mientras Emma se pregunta por qué su hija parece nerviosa pero sobre todo contenta, Lidia disfruta del paseo con su madre, de estar enferma, y de la inesperada sensación de ser el centro de atención por un día. Siente la emoción de estar caminando por una parte desconocida de la ciudad a esa hora en la que siempre está en casa. Se ha quitado el jersey y es el primer día del año que camina con los brazos al aire, aunque a la sombra siente quizá demasiado fresco aún. Podría pasarse toda la tarde andando con su madre debajo de los cerezos, que no había visto nunca antes en esta parte de la ciudad. Hasta le parece que coge más aire al respirar, aunque al pasar el aire también le haga daño en la garganta. Confía en que su madre la lleve después de la consulta a tomar algo y volver las dos a casa, tarde. También nota que se le está secando la boca. Ojalá no se burle de ella por lo de la finca del abuelo. Quizá su madre se siente tan avergonzada que no quiere decir nada. “¿Por qué no dice nada?”, se pregunta Lidia, pero no se atreve a formular ella la pregunta en voz alta.

–¿Y tú qué vas a hacer? –Al hablar le vuelve a quemar la garganta, y se le pone cara de dolor.

–Yo ya iré a casa.

Emma piensa en tomarse un café, o quizá una cerveza, echar unas monedas a las máquinas, dar un paseo, no está segura. Lo que sea con tal de llegar algo más tarde a casa.

Por un momento, y como si lo sintiera otra Lidia distinta, le parece que su madre no quiere estar con ella, pero no lo dice, al fin y al cabo es un sentimiento lejano. Aún así, valora esa posibilidad mentalmente y la desecha: mamá la acompaña ahora, mientras suben en el ascensor. En el cuarto piso llaman al timbre y una chica joven abre la puerta, sonrío y tacha el nombre de Lidia

en el libro de citas. Las hace pasar a una sala con revistas que huele a algo suave y oriental que ni Emma ni Lidia reconocen, pero que a las dos les gusta.

–¿Qué es, mamá? –dice Lidia, que sigue sin poder hacer la pregunta, dando vueltas mentalmente alrededor de la finca, de Micky, de su padre.

–No lo sé, pero me encanta, huele como exótico, a selva o yo qué sé. La voz de Emma se ondula y se suaviza un momento

–Hay un olor en la tienda de las velas que tiene un nombre muy raro. Ylang o algo así.

–Ah.

Por un instante, su madre tararea la misma melodía que suena en el hilo musical. No parece nerviosa. Lidia sí lo está, pero lo disimula. Intenta tranquilizarse, pero el corazón le late un poco más rápido de lo normal, como si estuviera a punto de pasar algo. Si se atreviera a hablar, si pudiera decirle algo a su madre... Tiene tantas ganas de decirle, pero no sabe qué, ni cómo, cómo empezar a decir algo concreto, que se pueda expresar con palabras que se refieran a cosas como padre, mierda, selva, finca o dolor de garganta. Pero cuando empieza mentalmente una frase se oye hablar de manera torpe y la voz de su madre que dice:

”Hija, pareces idiota”. Otras veces se queda sin palabras y entonces no oye la voz de su madre, pero la ve girar la cara y mirar para otro sitio, callada, como ahora. No tardan mucho en llamarla, solo a ella. Eso la inquieta, pero no le da tiempo a decir nada. Y además, en el fondo, a esa otra Lidia distinta y lejana, le alegra la cara de sorpresa de su madre, le alegra pasar ella sola y sentarse delante de un hombre mucho más joven de lo que esperaba. El hombre se presenta, se pasa la mano ligeramente por la perilla y le pregunta:

–¿Qué tal? –y manipula sin prisa el interruptor de la lámpara intentando que deje de ir y venir la luz en la bombilla. Le

ofrece agua, le hace otra pregunta, Lidia traga con dificultad, le contesta. Se siente bien, parece muy fácil. No es guapo, pero incluso con perilla tiene algo agradable, muy agradable, le parece a Lidia, que le observa intentando averiguar qué es.

Mientras tanto, Emma espera en la salita. Le sorprende que nadie la llame y, como no tiene nada que hacer, piensa aburrida. No hay nadie más en la consulta. No hay otros adolescentes en los que fijarse y comparar. Ella y su hija. Su hija de piel de leche llena de pecas y ese pelo naranja y rizado que no hay manera de domar. Emma piensa con un leve fastidio en que su única hija es la viva imagen de su propia madre y se le pone un intenso sabor amargo en la garganta. Ella quería mucho a su madre, ¿no se puso enferma cuando murió? ¿Alguien puede decir que eso no es querer a una madre? Le apetece una cerveza rubia. Qué extraños son los hijos. Al final, parece como si tuvieran otra familia de verdad en algún sitio y una solo estuviera reemplazando a esa familia, fingiendo que es su madre. Está perdiendo la tarde entera entre ir y volver y ya ha hecho por su hija lo que era necesario, nadie le puede reprochar nada. En el fondo, aunque Emma no cree que Lidia sea una mentirosa, tampoco piensa que vaya a cambiar. “Es extraño”, piensa Emma, pero ni siquiera ella sabría decir con precisión qué es lo que le parece extraño.

Emma se levanta y habla con la recepcionista. Esta se dirige al despacho donde ha entrado Lidia y llama a la puerta con los nudillos. Pasa y consulta algo con el médico. Cuando sale, le dice a Emma que sí, que se baje a tomar un café si quiere, que no acabarán las pruebas hasta las siete.

–Dígale a Lidia que ya no vuelvo, que se vaya por su cuenta, ella ya sabe –le dice Emma a la recepcionista.

La chica de recepción coge el libro de citas como para llevarse al médico.

–¿Le pido la siguiente cita?

–No va a hacer falta –contesta Emma, segura.

–Ah.

La recepcionista deja el dietario, anota algo en un post-it y descuelga el teléfono, que está sonando. Emma se va, mirando sin querer a la puerta del despacho donde está Lidia.

–Di aaaaaahhhh –le acaba de pedir el otorrino en ese momento.

–Aaaaaahhhhhh –contesta Lidia, obediente–, ¿puedo beber? Su voz sale ahogada y ronca, aunque ella se esfuerza, empujando el aire hacia fuera, en hacerse entender.

–No hables, que con eso que tienes ahí... –El otorrino habla y se mueve muy despacio, como si tuviera toda la tarde para Lidia. Eso y lo callado que está mientras le mira la garganta hacen que a Lidia le parezca mayor.

–Menuda garganta. Y tienes un nódulo en una de las cuerdas vocales.

Lidia bebe el último sorbo de agua que le queda en el vaso. Se relaja.

–¿Y las infecciones? –pregunta–, aj, tengo mal sabor de boca.

–Luego te tomas un caramelo. Sí, las infecciones. A ver, abre otra vez bien la boca.

–Aaaahhhhhh.

–No, ahora no digas nada. ¿Tienes muchas? Abre bien, no cierres.

No le está haciendo daño aunque tenga que abrir tanto la boca. Dentro de la consulta el aire es fresco, la ventana está ligeramente abierta y por ella se ven los cerezos de la acera de enfrente, que parecen de terciopelo granate. También se oye de vez en cuando una pitada y con un poco más de atención, se oye el ruido que hacen al salir de la clase de inglés los niños del colegio de al lado.

–Casi siempre. A veces me duele y a veces solo estoy afónica.

Aún le late rápido el corazón.

–¿Fuerzas mucho la voz?

“¿Qué voz?”, oye decir a la otra Lidia (lejana y muda) antes de contestar, pero no le va a hablar de eso al médico. Ahora nota que el corazón ya no le late rápido, como si ya no estuviera a punto de pasar algo. “Pero es un médico”, piensa Lidia, y sigue pensando que a lo mejor él sabe por qué, porque a Lidia, está bien, aunque no sabe por qué a veces, Micky tan mal y no podía porque su cabeza ya había pensado y las cosas pensadas eran de otra manera mejor y podía decirlas. “Yo no miento”, se dice con rabia notando ese desagradable sabor en la garganta, como a manzanas podridas. Ya no queda agua.

–Eeehhhh, yo creo que no, no sé, lo normal.

–Mmmm, lo normal, lo normal –contesta el otorrino–, ¿y qué es lo normal? –pregunta después de una pausa.

A Lidia le sorprende de nuevo lo despacio que habla un médico tan joven y le parece que no espera que le conteste, pero se siente obligada a hacerlo. Está acostumbrada a responder en clase cuando le preguntan.

–Lo normal para la medicina.

El otorrino se ríe. “Qué tonta soy. Soy un fracaso”, piensa Lidia. También piensa que no la van a traer más días salvo que se lo digan a sus padres en el colegio. Le gustaría volver a ver al médico agradable, muy agradable incluso con perilla (Lidia sonríe) y escucharle hablar y mirarle la garganta tan despacio y las copas de los cerezos como de terciopelo granate con su madre. A la Lidia lejana también le ha gustado oír la salida de la clase de inglés de los niños del colegio de al lado. Y sobre todo, le gustaría que no le volviera a doler la garganta.

–A ver, dile a tu madre que pase, que te voy a poner un tratamiento, unos ejercicios de voz y respiración y nos vemos en quince días.

Lidia cruza la recepción para buscar a su madre. En la sala vacía se da cuenta de que no lleva puesto el jersey y nota los brazos un poco destemplados. Sigue oliendo igual, como a selva o exótico. Al tragar saliva la garganta se le vuelve a incendiar y se siente pequeña y enferma. ¿Qué tiene que hacer ahora? Puede contar que aprovechando que su madre tenía que irse se quedó con el médico más tiempo y que el médico le pidió el teléfono y que han quedado para salir y...

–¿No está tu madre? –oye decir al otorrino detrás de ella.

–No –contesta Lidia frotándose los brazos para entrar en calor–, pero dime cuando tengo que volver –dice con la voz afónica, fingiendo un aplomo que no siente.

Y mientras espera a que le busque fecha, piensa en que no quiere irse sola en autobús a la academia aunque le apetece caminar despacio sin jersey bajo los cerezos y volver a ver al médico agradable sin su madre o contar que lo ha vuelto a ver fuera de la consulta y en si lo va a contar o no y cómo, y dónde han podido verse que nadie pueda desmentir, y se pregunta si ese raro sabor a manzanas pasadas que no se va, se le quitará con el tratamiento o tendrá que ver con alguna cosa que ha comido.

Premio Especial
Monegros

Los atenuantes del alma

Mario E. de los Santos

*Todas son nuestras hijas,
todas son nuestras muertas.*

Un fognazo. Sus gritos. Me levanto empapado en sudor.

Tengo una pesadilla recurrente que en los últimos tiempos ha introducido una curiosa novedad: dos judiciales cavan una fosa a la luz de los faros de su camioneta. Yo estoy muerto, enrollado en plástico negro del que se usa en los invernaderos, para que la cal con la que han embadurnado mi cadáver haga antes su trabajo. Los dos policías cavan con parsimonia, saben que no hay prisa, el amanecer todavía demorará y nadie en La Almolda va a salir a preguntar qué sucede. La gente ha aprendido con los años que la ceguera, la sordera y la mudez son muy recomendables para llegar a viejecito.

Esa es precisamente la llamativa improvisación: que ocurre aquí, en los Monegros. Antes sucedía allá, en el desierto de Chihuahua, en mi tierra natal, mientras cavaban acompañados por la sombra tenebrosa de un saguaro cayendo sobre sus palas.

Lo que son las pesadillas. Es imposible esquivarlas, se adaptan a la realidad que vives y te encuentran; son consumadas cazadoras. Ahora ocurre justo al lado de la iglesia de San Antonio, bajo la sombra macabra de la tapia del cementerio, y en lugar de palas, los dos policías usan picos para ollar la roca desnuda que emerge del suelo. La misma camioneta y el mismo muerto: yo.

Remordimientos.

Eso es lo que respondió el compatriota Juan Rulfo cuando le preguntaron qué sentía al escribir. Una respuesta muy mexicana.

¡Qué güey el viejo! Remordimientos al escribir, decía. Como si no los hubiera también por hablar, por callar, por hacer, por no hacer, por mirar, por desviar la vista... Los remordimientos provienen de todos los atenuantes que el alma no empleó antes de realizar el asesinato. Y las almas son unas descuidadas asesinas en serie.

La mía puede aducir que estaba bebida, que se había aleargado tragando combinados de tequila con un chorro de miedo y una rodaja de vergüenza. Pero el juez fue severo, tal vez justo; en todo caso no había ninguna pena que mi alma no estuviera dispuesta a cumplir ni de la que no se creyese merecedora.

Crimen: el silencio. Veredicto: culpable. Sentencia: destierro. Pam, martillazo sobre la mesa.

De un desierto a otro. De la arena a la roca arrancada de la tierra; del cactus erguido a la sabina; de la serpiente de cascabel al lagarto fardacho. Pero en ambos el sol, orgulloso, impávido, inclemente. Aquí hace algo más de frío, allí suenan más disparos; acá le llaman Monegros, allá le llaman Samalayuca.

Para mí son las dos caras de la misma soledad.

En el cambio he perdido un nombre, un pasado y un mazo de naipes marcados. Por otro lado, he ganado un rebaño de ovejas en alquiler, un pasaporte nuevo, con otra bandera, y varios enemigos de los que, tarde o temprano, sabes que te van a encontrar.

La baraja era mi especialidad. Trabajaba para "Lagarto" Gutierrez. Le hacía de cómplice en las partidas, allanaba el camino para que se ganase unos miles de pesos. Mi cometido era preparar las cartas y marcarle el corte. Me encargaba de analizar el juego de los demás, de derribar adversarios que pudiesen tener una buena baza.

Al Lagarto, perder ni modo. Lo suyo era triunfar. Buenas camionetas, buenas casas, buenas chicas. Todo lo buenas que le permitían sus cinco cargamentos de blanca desapolillada a los esteits. Que era mucho.

Aquel cumpleaños tenía ganas de celebraciones a lo grande. Los allegados le decían que no era muy prudente, estaba tomando demasiada notoriedad y los compañeros de trabajo se lo podían tomar a mal. Me lo pide el ánimo, les respondía; y a los otros, aquí les aguardo, que si quieren, ya saben dónde encontrarme.

En este negocio hay que retirarse a edad temprana a riesgo de que le retiren a uno. Y tal vez eso es lo que intuía Lagarto, que le tocaba la jubilación voluntaria o forzosa. Las palmadas en su espalda habían dejado de ser tan firmes como antaño. Ciertos políticos se atrevían a no recibirle alegando problemas de agenda. Eso hubiera sido impensable tres años atrás pero ahorita recibían sobre de más de uno y se sabían intocables.

Una fiesta, la última, después se acabó. Estaba a punto de conseguir el empeño que les costaba la vida a casi todos. Había que celebrarlo.

Por la mañana llevó a sus hijos al parque. Jugó al fútbol con ellos y luego fueron los cuatro a montar en avioneta. A los chicos les encantaba. Lagarto siempre se quejaba del poco tiempo que le dejaba el trabajo para estar con sus hijos. Como todos, no deseaba que ninguno de ellos siguiera sus pasos. Su mayor anhelo era que fuesen estudiosos y acudieran a la universidad. A cada uno le tenía abierto un fondo bancario donde ingresaba todos los meses mucha plata para ese menester. Contaba las noches de tequila en vena que no se querría morir sin ver a un hijo graduarse en Harvard, pero que si así sucedía, la vida es la vida comentaba enjugándose las lágrimas, por favor, le dejasen una foto del hijo, con la toga y el sombrerito ese tan gracioso que se ponen, sobre la lápida.

Comió solo. De pequeño, las velas que se van amontonando cada año en la tarta de cumpleaños significan crecer, pero se llega a una edad en la que cada vela es una farola que ilumina el camino hacia tu último estertor.

A pesar de aparecer en mis pesadillas, me gusta la sierra de Alcubierre. Surge de repente, sin aviso, desde las aristas de

yeso calcinado, vestida de coscojo y romeral. Puedo estar horas y horas observándola desde mi ventana. Su perfil tiene la virtud de adormecerme el recuerdo; las mañanas soleadas que paseo cerca de la ermita de Santa Quiteria, por los estrechos senderos que la rodean, con el sonido de las agujas de pino quebrándose bajo mis pies y el piar de los pájaros sobre mi cabeza, me sirven de analgésico para el dolor que me incrusta el reflejo del espejo.

En Chihuahua el horizonte no es un efecto físico, es una línea tatuada en la pupila. Allá donde sea que se mire, se puede apreciar nítido y desafiante: en el desierto, en la frontera, en los rostros de la gente, en los botellines de Sol, en los cañones de las armas... Hasta los corazones son simplemente una recta sin fin. Sin embargo, la sierra lo quiebra de cuajo, o tal vez únicamente lo deforma, y uno se encuentra inesperadamente con un nuevo prisma por el que se desmembra la vida.

Para mí, Monegros es precisamente eso: un modo diferente de mirar el mundo, un horizonte desdibujado que filtra los pecados por las arrugas reseca de la tierra.

Para saber tu personalidad, los psicólogos te cuentan que hay un muro muy alto y piden que imagines qué habrá al otro lado. Si es un jardín florido con niños jugando y un cielo azul apuntan que eres optimista, vital, alegre.

Los psicólogos no tienen pinche idea.

No importa qué puedes ver al otro lado. Lo que realmente importa es cómo haces para verlo. Hay gente que rodea el muro pacientemente esperando encontrar una entrada, otros que agarran una escalera para saltar por encima, y hay tipos que directamente lo tumban a patadas.

Lagarto Gutierrez era de esos. Lo hacía todo a la brava. A lo macho, como los duros que se han hecho a sí mismos.

Habíamos tomado cervezas en la Teta Enroscada. Una por cada año que había cumplido, una por cada larva que deja el

cáncer del tiempo. Las muchachas se acercaban sonrientes al rumor de la plata y el tequila, pero Lagarto no estaba entonado. Se las quitaba de encima como espantando moscas. Tenía expresión ausente, las bromas sonaban forzadas, la alegría de la mesa se construía con cartón-piedra. Más que su aniversario parecía celebrar su velatorio.

Compramos un par de botellas de tequila, una caja de cervezas bien fría y abandonamos la Teta. Los mariachis que olfateaban una lucrativa serenata detrás de nuestros tragos y nuestras botas de cuero se quedaron defraudados.

El viento del desierto parece un beso sin saliva. Daba sed y bebíamos. Lagarto pidió al chófer que serenase el volante, sacó una bolsa de nieve, hizo unos pericazos y todos probamos del espejo con incrustaciones de plata.

Me sacudía la nariz cuando la vio Lagarto. Era una muchacha joven, casi una niña. Lagarto le gritó algo, no recuerdo el qué, y ella se ofendió. Tenía carácter para atreverse a hacer aquel gesto obsceno en mitad del anochecer de Ciudad Juárez. Cualquiera hubiera agachado la cabeza y hubiese vuelto por la primera cuadra, pero ella tenía aire de hembra orgullosa.

Lagarto hizo frenar al conductor bruscamente y el coche volvió de reversa hasta la altura de ella. Lagarto salió. Una niña no debe hacer esas cosas tan feas, le dijo.

La muchacha ya no lo veía tan claro, sus ojos se fijaron en el sombrero de piel de serpiente, en la cara curtida, las manos grandes, la pistola en el cinto y los cinco tipos en el carro. Seguramente pensó que aquel gesto había sido una estupidez. Le vas a tener que dar un beso al tío Lagarto, le dijo él tomándola de los hombros. Ella se resistió y largó un grito. Lagarto se rió estruendosamente. Me gustan las potrillas sin domar, le tapó la boca y la forzó dentro del coche. Métele, le dijo al chófer, vamos a seguir la rumba a la cabañita. Esta niña está pidiendo unos papis puritito machos. La muchacha luchaba desesperadamente, daba patadas,

bofetadas, incluso le mordió la mano a Lagarto. Este se reía, en sus ojos había aparecido un brillo como de ansiedad, como de excitación. En cambio, los ojos de la chica estaban desorbitados, solamente se veía pánico. Se cruzaron un momento con los míos suplicando ayuda. Un auxilio que no le podía dar. Yo era parte del problema, no de la solución.

La cabaña estaba situada en mitad del desierto, a veinte millas de la casa más próxima. Bajamos a la chica. Comenzó a chillar. En ese momento, Lagarto disparó dos veces al aire y rompió el cuello de una botella con el cañón del arma. Bebió un trago. Ay lindita, aquí ya puedes gritar tanto como quieras, hasta que se te despelleje la garganta, que sólo te van a oír los cuervos y las serpientes. Todos rieron. Ella quiso correr pero la balacearon, levantando polvo a sus pies, hasta que se detuvo. Más risas. Lagarto la besó violentamente, metiendo la cabeza entre su cuello mientras aspiraba apasionadamente, como un vampiro que robase a la chiquilla toda la juventud que a él se le escapaba. La metieron en la cabaña a empentones.

Entonces, únicamente sus gritos.

No quise entrar. Me apoyé en la camioneta y prendí un cigarrillo. Los aullidos de la chica les enervaban, se escuchaban sus risotadas. Se turnarían. La imagen y los gritos me taladraban el alma. No aguanté más, comencé a caminar hacia el desierto. En el cielo había una inmensa y violenta luna roja, parecía una esponja que hubiera absorbido sangre; el pañuelo con el que limpiarían la frente de la chiquilla antes de enterrarla.

En eso también hay diferencia. Acá, la luna no es roja como en Chihuahua, acá es pachona y amarilla. Las ocasiones que anda llena, la luna es un inmenso queso color despensa. Cuando me escapo a fumar de noche mientras imagino la forma de las sombras, la luna de los Monegros siempre me da hambre.

Caminé harto hasta que los chillidos dejaron de escucharse, hasta que mi mente se fundió con las espinas de los arbus-

tos, hasta que el sonido orquestal del desierto me invadió los ojos.

Como un escupitajo, al tiempo que ya creía que me besaba el silencio, amortiguado por la distancia, sonó un disparo.

Comencé a caminar de regreso, sabía que ya no iba a escuchar más gritos.

Al menos aquella noche.

Encontraron el cuerpo en la cuneta de una carretera. Apareció en algunas páginas de los diarios pero pronto le siguieron otros y se terminó olvidando.

Ya no buscaba la compañía de los compadres. Acudía a las partidas y realizaba mi labor pero la victoria ya no satisfacía a Lagarto que me observaba receloso cuando denegaba sus propuestas de barbacoas y tragos, una tras otra, con excusas endebles.

Aquello resultaba peligroso, un chacal no puede sobrevivir fuera de la manada y yo me alejaba peligrosamente. Estaba recorriendo el camino que separaba a un cómplice de un delator. De ser un amigo, me había convertido en un testigo.

Me sentía sucio y andaba por el día duchándome tres y cuatro veces; al irse la luz sus gritos tronaban por las paredes del cuarto. Me habían salido ojeras y comía poco. Evitarlo, pero, ¿cómo hubiera podido?

Me preguntaba si ellos también escucharían los gritos, si les martillarían los oídos doblando la almohada sobre sus orejas para hacerlos desaparecer, pero los observaba en la cantina, los ojos de Lagarto habían recuperado de nuevo el brillo, parecía haberse guardado la vitalidad de la muchacha, y sabía que no era así. Lo sentían un hecho terminado, destruido en las cavernas recónditas de la memoria.

Esperaba la llamada de Lagarto que me citase en un motelito de las afueras. Mi turno. Mi disparo.

La camioneta me alcanzó en plena calle. Allá los carros no necesitan sirena ni matrícula para largar su procedencia. Desde niño se desarrolla un olfato especial para los carros. Se distinguen los carros de los traficantes, de la policía, de los comerciantes, de los maestros... Cada carro canta la melodía de sus dueños. Aquel era un carro de la judicial. ¿Qui hubo mano? Acompáñenos una vueltita no más, para una plática de compadres. Era la primera vez que me importunaba la policía, hasta aquel momento yo era simplemente el último de los últimos. Me negué. Ay, mano, no lo ponga más difícil, que mejor que lo subamos será que lo haga usted por su pie. Me detuve un instante, miré a mi alrededor, me había puesto nervioso. En cinco minutos, Lagarto ya se habría enterado que había subido a una camioneta de la policía.

Dentro me esperaba Luciano Villa, inspector de la judicial. Villa recibía el salario de varios patrones y era reconocido su empleo de lavadero de trapos sucios de la principal competencia de Lagarto en el negocio de exportación de lana sin garrapatas al vecino del norte. La cercanía me dejó oler su poderosa loción de afeitado. Era joven, guapo, cruel y conciso. Me expuso el negocio breve y claramente, sin paños de agua caliente. Conocían la parranda de Lagarto el día de su cumpleaños, sabían de mi difícil situación actual con él, me daban cien mil dólares, protección y una casa en el lugar del mundo que desease si declaraba contra él.

Sólo necesité meditarlo un segundo. Me negué.

Mire, gallito, usted anda en su punto de mira, después de saber que ha estado en esta camioneta, el aire le va a durar bien poco. ¿Qué cree que va a pensar? Pensará que ya lo ha cantado. Y usted es viejo en esto, sabe qué les ocurre a las lenguas sueltas.

Negué otra vez. El negocio estaba claro, si conseguían cargarle el paquete al Lagarto se lo quitaban de delante sin sangre. Todo limpio, legal. Estaba seguro de que incluso habían hablado ya con los socios de Lagarto en los esteits para ocu-

par su lugar. Lagarto ya era historia pero no podía traicionarle. Aun el propio Lagarto creyese que así lo había hecho, no podía. Todavía no he podido encontrar la razón.

Los gritos continuaban cada noche, el rostro desencajado de la muchacha aparecía en mi espejo. Lo único que tenía claro es que aquel asesinato de la prietita pedía justicia, no un arreglo comercial.

Me negué de nuevo. Ni siquiera había abierto la boca.

Villa me miró sonriente. Mírese, me dijo, con esos ojos, ese olor... ¿Sabe, mano? Ese olor es el olor de la muerte.

La camioneta frenó de repente y la puerta se abrió. Villa me empujó a la calle, salí tropezando y entonces me di cuenta de que me habían abandonado en mitad de la calle principal, al lado de un restaurante con unas terrazas, en la acera donde solía comer Lagarto.

En mi tierra hay un dicho que afirma que siempre hay que tener un amigo que nadie más conozca por si un día te persigue la policía. En mi caso me perseguía la policía, Lagarto Gutierrez y mi conciencia.

Menos mal que yo tenía ese amigo.

De momento, he conseguido escapar de los dos primeros. Sus gritos y su rostro me han encontrado y acuden cada noche puntuales como amantes desesperados. El desierto de Monegros los suaviza, los hace filos sutiles que cortan sin desgarrar, que matan de a menudo. Al menos el sufrimiento ha desaparecido; queda la desesperación, la impotencia y la culpabilidad. Paseo con el rebaño de ovejas de mi amigo, me ha enseñado a dirigirlo, a ordenar a los perros, a darles de comer y, ahorita, estoy aprendiendo a esquilar. Los sábados juego al guiñote y procuro no ganar siempre. Me llaman el Mejicano. Pronuncian la jota con aspereza, con contundencia. Las manecillas del reloj de los Monegros son

anclas que me fijan a la tierra permitiendo que mi ayer pase de largo.

Pero estoy cansado. La pesadilla ha vuelto.

En Ciudad Juárez no mata un nombre propio, no mata un número de cédula ni un sujeto fiscal; en Ciudad Juárez matan los silencios, las lenguas que se atan, las sombras que pasean por las calles.

En Ciudad Juárez mato yo.

¿Cómo comprenden que pueda dormir sabiendo eso?

Por ese motivo, tarde o temprano, sé que llegará el momento en el que me despierte con la noche anclada en mi ventana y veré el fulgor de unos faros de camioneta deslumbrando el vidrio.

Ya no sentiré miedo.

Sentiré alivio.